

—No, señor, a nadie. Pero el que ha cumplido el encargo conoce las habitaciones de la casa ¡ni más ni menos!

Viendo que no sacaría nada del examen de las cosas reales, despedí a Bautista y me entregué a mis ensueños de costumbre. No podía ya explicarse todo aquello de un modo natural. Aquel anillo encerraba el secreto de mi destino. Estaba desconsolado por tener que desobedecer a mi inmortal, y era, al mismo tiempo, dichoso al imaginarme que ella cumplía su promesa de velar por mí.

No cerré los ojos en toda la noche. Mi pobre cabeza estaba bastante enferma, y mi corazón más aún. ¿Debía desobedecer al árbitro de mi destino? ¿debía sacrificarle mi honor? Había ido demasiado lejos en mi compromiso con el señor de Aillane, para volver sobre mis pasos. Hubo momentos en que me detuve en la idea del suicidio, para librarme del suplicio de una existencia que ya no comprendía. Luego, me tran-

quilizaba con el pensamiento de que esta terrible y deliciosa divisa: *Tu vida sólo es mía*, no tenía el sentido que yo le había atribuído, y resolví pasar por encima de la misma, convenciéndome de que la inmortal se me aparecería en el mismo lugar del combate, si su voluntad estaba en impedirlo.

Pero ¿por qué no se me aparecía por sí misma, para dar fin a mis dudas? Y la invocaba con ardor desesperado.

—¡La prueba es demasiado larga y demasiado cruel!—le decía;—voy a perder en ella la razón y la vida. Si debo vivir por ti, si te pertenezco...

Un aldabonazo dado en la puerta de la calle, me hizo estremecer. Aun no era de día. Sólo yo estaba despierto en casa. Me vestí a toda prisa. Dieron un segundo aldabonazo, y luego un tercero, en el momento en que me lanzaba a través del vestíbulo.

Abrí temblando. No sé qué relación podía establecer mi imaginación entre

esta visita nocturna y el motivo de mis angustias; pero quienquiera que fuese el visitante, yo tenía el presentimiento de una solución. Lo era, en efecto, aunque me fuese imposible comprender la trama de los sucesos en que iba pronto a ver el desenlace de mi situación.

Era el visitante un criado de la señora de Ionis, que llegaba a galope con una carta para mi padre o para mí, pues ambos nombres estaban escritos sobre la dirección.

Mientras las demás personas de la casa se levantaban para venir a abrir, leí lo siguiente:

«Suspendan el pleito. Acabo de recibir, y les transmito, una noticia grave que les desliga de la palabra dada al señor de Ionis. El señor de Ionis ya no existe. Recibirán la noticia oficial durante el día de hoy.»

Llevé la carta a mi padre.

—¡En buen hora!—dijo.—He aquí una feliz noticia para nuestra bella

cliente, si este difunto malhumorado no le deja muchas deudas; ¡un buen negocio también para los de Aillane! El tribunal habrá perdido la ocasión de pronunciar una hermosa sentencia, y tú la de hacer un informe brillante. Siendo así... ¡durmamos, ya que no tenemos cosa mejor que hacer!

Volvióse de cara a la pared; luego, cuando yo iba a salir de su cuarto, me llamó.

—Mi querido hijo—me dijo frotándose los ojos,—pienso en una cosa: y es que tú estás enamorado de la señora de Ionis, y que, si queda arruinada...

—¡No, no, padre!—exclamé,—no estoy enamorado de la señora de Ionis.

—¿Pero lo has estado? Vamos a ver, la verdad. Esta es la causa del cambio que has hecho. Te ha venido la ambición del talento... y esta melancolía que inquieta a tu madre...

—¡Ciertamente!—dijo mi madre,

que, despierta por los aldabonazos dados en aquella hora insólita, había entrado en gorro de dormir mientras hablábamos; ¡sé sincero, hijo mío! tú quieres a esta hermosa señora, y hasta creo que ella te quiere. Pues bien, confiéstate con tus padres...

—Me confesaré con mucho gusto— respondí besando a mi madre; —he estado enamorado de la señora de Ionis durante dos días; pero me he curado al tercero.

—¿Palabra de honor?—preguntó mi padre.

—¡Palabra de honor!

—¿Y la razón de este cambio?

—No me la pregunten, no puedo decirselas.

—Yo la sé—dijo mi padre, riendo y bostezando a la vez: es porque la damita de Ionis y ese primo tan guapo que no la conoce... Pero no es esta la hora de comadrear. No son más que las cinco, y ya que mi hijo no suspira

ni informa hoy, voy a pegarme a las sábanas.

Libre de la inquietud relativa al duelo, descansé un poco. Durante el día, la defunción del señor de Ionis, llegado a Viena, quince días antes (las noticias no eran tan rápidas en aquel tiempo), se hizo pública en la población, y el pleito quedó detenido por efecto de una próxima transacción entre las partes.

Por la noche, recibimos la visita del joven de Aillane. Venía a excusarse ante mi padre, y esta vez acepté sus explicaciones con la mejor voluntad. A pesar de la grave entonación con que hablaba del señor de Ionis, vimos fácilmente que le costaba trabajo disimular su alegría.

Aceptó nuestra cena, y luego me siguió a mi habitación.

—Mi querido amigo—me dijo,—pues es preciso que de ahora en adelante me permita usted darle este nom-

bre, quiero abrirle mi corazón, que desborda a pesar mío. No me cree usted interesado, espero, hasta el punto de suponer que me alegro locamente del desenlace del pleito. El secreto de mi felicidad...

—No me hable de ello—le dije;—lo sabemos, ¡lo hemos adivinado!

—Y ¿por qué no hablar de ello con usted, que tanto merece mi estimación y tanto afecto me inspira? No crea usted ser un desconocido para mí. Hace tres meses que doy cuenta de todas sus acciones, de todos sus éxitos a...

—¿A quién?

—¡A una persona que se interesa por usted en cuanto le es posible! a la señora de Ionis. Durante algún tiempo, después de su visita a la residencia, estuvo muy inquieta por usted, llegando al punto de darme celos. Me tranquilizó por este lado, diciéndome que había usted estado gravemente enfermo por espacio de veinticuatro horas.

—Entonces—dije con un poco de inquietud,—no teniendo ella secretos para usted, le habrá comunicado la causa de aquellas horas de delirio...

—Sí, no se atormente usted; todo me lo ha contado, sin que ni ella ni yo hayamos pensado en burlarnos por ello. Bien al contrario, esto nos entristecía mucho, y la señora de Ionis se reprochaba el haberle dejado jugar con ciertas ideas que pueden causar una emoción excesiva. Lo que yo sé, por mi parte, es que, sin dejar de jurar como un demonio, que no creo en las damas verdes, no hubiera tenido nunca el valor de evocarlas dos veces. Más aún: si se me hubiesen aparecido, yo hubiera ciertamente destrozado la habitación; y en cambio, usted, a quien tan neciamente provoqué ayer, me parece, en cuanto a las cosas sobrenaturales, mucho más atrevido de lo que yo soy curioso.

Este amable joven, que usaba enton-

ces de una licencia, volvió para verme, los días siguientes, y pronto fuimos dos buenos amigos. No podía aún dejarse ver en la residencia de Ionis y esperaba impacientemente que su bella y querida prima le permitiese presentarse, tan luego como hubiera consagrado a las conveniencias los primeros días de su luto. El hubiera querido aguardar en una población más cercana a su residencia; pero ella se lo había prohibido formalmente, por no fiar en la prudencia de un prometido tan prendado.

Decía, por otra parte, tener negocios en Angers, aunque no supo contarme cuáles eran, y no parecía ocuparse mucho de ellos, pues pasaba todo el tiempo conmigo.

Me contó sus amores con la señora de Ionis. Habían nacido el uno para el otro y se habían amado desde la infancia. Carolina había sido sacrificada a la ambición, e internada en un convento, para romper su intimidad. Ha-

bían vuelto a verse en secreto, antes y después del casamiento con el señor de Ionis. El joven capitán no se veía obligado a ocultármelo, ya que sus relaciones no habían dejado nunca de ser puras.

—De no ser así—decía,—no me vería tan confiado y tan locuaz como lo soy con usted.

Su expansión, que al principio me propuse no compartir, acabó por apoderarse de mí. Era uno de esos caracteres abiertos y rectos, contra los cuales no hay defensa; lo mismo sería enfurruñarse contra sí mismo. Preguntaba con insistencia y encontraba el modo de hacerlo sin parecer curioso ni inoportuno. Se comprendía que sentía interés por uno mismo, y que hubiera querido ver a los que amaba tan felices como él.

Me dejé, pues, llevar hasta contarle toda mi historia, y aun hasta a confesarle la extraña pasión que me domi-

nabá. Escuchóme muy seriamente y me aseguró que no encontraba nada de ridículo en mi amor. En lugar de procurar distraerme del mismo, me aconsejó que perseverase en la tarea que me había impuesto, de llegar a ser un hombre de gran virtud y mérito.

—Cuando haya usted llegado a este punto—me decía,—si es que no ha llegado ya, o bien se producirá en su vida algún milagro que ignoro, o bien, su espíritu, repentinamente calmado, reconocerá que se había extraviado en la persecución de una dulce quimera; ésta será reemplazada por alguna realidad más dulce, y sus virtudes, así como sus talentos, no dejarán por ello de ser bienes adquiridos a un precio inestimable.

—Nunca—le respondí,—nunca pondré mi afecto en otra parte que en el objeto de mi ensueño.

Y para hacerle ver cómo estaban absorbidos por completo mis pensamien-

tos, le enseñé todos los versos y toda la prosa que había escrito bajo el imperio de aquella pasión exclusiva. Los leyó y releyó con el entusiasmo ingenuo de la amistad. De querer tomar sus palabras al pie de la letra, me hubiera creído un gran poeta. Pronto supo de memoria los mejores fragmentos de mi colección, y me los recitó con fuego durante nuestros paseos hacia el viejo castillo de Angers, y por las encantadoras afueras de la ciudad. Resistí al deseo que me manifestó, de hacerlos imprimir. Podía yo escribir versos para mi satisfacción y para calmar mi alma agitada; pero no debía buscar la fama del poeta. En aquella época, y en el medio en que vivía, hubiera sido esto un gran descrédito para mi profesión.

Llegó, por fin, el día en que le fué permitido presentarse en la residencia de Ionis, de la que Carolina no había salido durante aquellos tres primeros

meses de su viudez. Recibió una carta suya, cuya posdata me leyó. Estaba invitado a acompañarle, en los términos más formales y más afectuosos.

VI

CONCLUSIÓN

Llegamos en un día de Diciembre. La tierra estaba cubierta de nieve y el sol se ponía entre nubarrones violados de matiz espléndido, pero de aspecto melancólico. No quise estorbar las primeras efusiones del corazón de ambos amantes, e invité a Bernardo a tomar la delantera en las cercanías de la residencia. Por otra parte, tenía necesidad de encontrarme solo con mis pensamientos en los primeros instantes. No sin viva emoción volvía a ver aquellos lugares en los que durante tres días había vivido siglos.